

Marta Robles



# Pasiones carnales

Los amores de los reyes que  
cambiaron la Historia de España

  
ESPASA

MARTA ROBLES

PASIONES CARNALES

Los amores de los reyes  
que cambiaron la Historia de España



© Marta Robles, 2021  
© Editorial Planeta, S. A., 2021  
Espasa, un sello de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)  
[www.espasa.es](http://www.espasa.es)

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño  
Imagen de cubierta: © Bakusova/Shutterstock  
Fotografía de la autora: © Gonzalo Pérez-Mata  
Imágenes de interior: © Oronoz, Album, AESA, Prisma, Akg-Images,  
Adoc Photos, Rue des Archives/Bridgeman, Agencia EFE  
Iconografía: Grupo Planeta

Preimpresión: Safekat, S. L.

ISBN: 978-84-670-6028-7  
Depósito legal: B. 454-2021

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impresión y encuadernación: Unigraf, S. L.  
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: Pasiones, reyes, mendigos y políticos .....	13
I. CONQUISTA Y RECONQUISTA DE ESPAÑA. DEL ARREBATO AL AMOR .....	17
II. ALFONSO II DE ASTURIAS, EL CASTO, EL ÚNICO REY EN LA HISTORIA DE ESPAÑA QUE JAMÁS TUVO UN ARREBATO CARNAL .....	27
III. AVA DE RIBAGORZA, EL MISTERIO DE LA CONDESA TRAIIDORA .....	33
IV. ALFONSO VI DE LEÓN, EL BRAVO, EL REY QUE SENTÓ AL TRONO A UNA REINA MORA .....	47
V. ALFONSO VIII DE CASTILLA, EL REY QUE ESTUVO A PUNTO DE PERDER LA BUENA IMAGEN Y UNA IMPORTANTE BATALLA POR UNOS OJOS VERDES .....	57
VI. ALFONSO X EL SABIO, EL REY INMACULADO QUE TAMBIÉN TENÍA CARA B .....	71
VII. LEONOR DE GUZMÁN, LA CONCUBINA QUE VIVIÓ COMO SI FUERA UNA REINA .....	83
VIII. PEDRO I EL CRUEL, LA HISTORIA SE REPITE (MÁS O MENOS), O EL REY DE PROBADA INCONTINENCIA SEXUAL .....	115
IX. CONSTANZA, INÉS Y PEDRO, UNA HISTORIA DE AMOR, MUERTE Y MALA SUERTE .....	133

X.	ISABEL DE PORTUGAL, EL GERMEN DE LA LOCURA Y LOS CELOS .....	141
XI.	ENRIQUE IV EL IMPOTENTE, LA CONFABULACIÓN CON- TRA EL DE MIEMBRO DÉBIL .....	147
XII.	BEATRIZ DE BOBADILLA, LA SANGRIENTA DAMA CA- ZADORA .....	159
XIII.	FERNANDO, ISABEL, GERMANA Y CARLOS I, LOS AMO- RES ENTRECruzADOS .....	173
XIV.	JUANA LA LOCA Y FELIPE EL HERMOSO, LOS AMORES TÓXICOS .....	193
XV.	FELIPE II, EL REY DE SEXUALIDAD SECRETA .....	209
XVI.	FELIPE IV, EL REY ADICTO AL SEXO .....	231
XVII.	FELIPE V E ISABEL DE FARNESIO, «EL REY Y YO» .....	249
XVIII.	LUISA ISABEL DE ORLEANS, ENTRE LA LOCURA Y EL LESBIANISMO .....	265
XIX.	CARLOS III, EL REY QUE ENSOMBRECIÓ A SU MEDIO HERMANO FERNANDO VI Y QUE MÁS CONTÓ SUS IN- TIMIDADES .....	273
XX.	CARLOS IV, MARÍA LUISA DE PARMA Y MANUEL GO- DOY, «LA TRINIDAD EN LA TIERRA» O LA HISTORIA DE UNA PERVERSA CONFESIÓN .....	283
XXI.	FERNANDO VII, EL FALO MÁS GRANDE Y FEO PARA EL REY MÁS DESEADO QUE RESULTÓ SER UN FELÓN .....	311
XXII.	MARÍA CRISTINA, ISABEL —SOBRE TODO ISABEL—, PAQUITA NATILLAS Y TODOS LOS DEMÁS (QUE FUE- RON MUCHOS) .....	325
XXIII.	ALFONSO XII, EL REY DE LA CANCIÓN TRISTE .....	353
XXIV.	ALFONSO XIII, EL REY MÁS POLÉMICO Y CON HALI- TOSIS .....	371
	AGRADECIMIENTOS .....	389
	BIBLIOGRAFÍA .....	391

## INTRODUCCIÓN

### PASIONES, REYES, MENDIGOS Y POLÍTICOS

Después de recorrer doce siglos de Historia de España, en esa carrera de obstáculos que supone la falta de documentación contrastada y las distintas versiones que ofrecen los diferentes cronistas e historiadores de los mismos hechos, he llegado a la conclusión de que soy una atrevida. Y lo soy porque acepté el reto de zambullirme en la trastienda de lo contado, mucho más difícil aún de comprobar, sin oponer la más mínima resistencia. El viaje me ha costado innumerables horas, un esfuerzo ímprobo y casi la salud, pero debo reconocer que también me ha hecho aprender y me ha divertido tanto como para que haya merecido la pena. Tras acabarlo, he certificado que es imposible juzgar a los hombres fuera de su tiempo, pero también que, en un mundo donde «Todo en la vida trata sobre el sexo, excepto el sexo, que trata de poder» (Oscar Wilde *dixit*), hay que cercar a los poderosos. O lo que es lo mismo: impedir que su impunidad los conduzca a convertir sus méritos en catástrofes y a arrastrar en la tragedia a cuantos dependan de ellos.

En estas páginas van a encontrar sucesos increíbles, insólitos e insospechados. Y otros no tanto. Nuestros reyes, al fin y al cabo, siempre fueron tan humanos como nosotros. Aunque el brillo de su corona convenciera a muchos de sus súbditos de que eran hijos directos del sol, que para eso se llama astro rey. Descubrir que Isabel la Católica llegó a ser reina porque uno de sus

antepasados tuvo una concubina a cuyos hijos colocó perfectamente y uno de ellos acabó asesinando a su hermanastro, heredero legítimo del trono, para ocuparlo él, sorprende, pero no más que saber que existe la posibilidad de que los musulmanes entraran en España tras una violación o averiguar que Fernando el Católico se infló a cantaridina (el viagra medieval), para tratar de preñar a su segunda esposa. Que el monarca que más herejes persiguió —Felipe II— fuera también el poseedor de una interesante colección de pintura erótica, que la Iglesia habría quemado sin dudar, es para quedarse ojiplático, como también que el primero de los Borbones, Felipe V, se matara a pajas (con perdón), porque creía que Dios castigaría menos sus prácticas onanistas que el sexo fuera del matrimonio. Solo con esos detalles, que ya advierten de que las pasiones carnales pueden trastocar el curso de los acontecimientos, merece la pena revisarlos. Y hasta pedir a los propios reyes que hagan acto de contrición. No se trata de imponerle a los soberanos lo que han de hacer en las alcobas, pero sí de recordarles que sus pasiones carnales más ocultas no pueden guardar ninguna relación ni con el patrimonio ni con los destinos de sus reinos. Y menos aún en este siglo XXI, donde los secretos siempre acaban siendo desvelados y cada vez con mayor prontitud.

Si alguien me pregunta, a partir de ahora, si monarquía sí o monarquía no, explicaré que no creo que sea exactamente la Corona lo que vuelve déspotas a los reyes, sino su poder. Ese poder que envenena y enajena a cuantos lo prueban y que siempre ha de estar controlado por otros, para no propiciar las peores debilidades de quienes lo ostentan. Da igual que haya reyes, primeros ministros, presidentes u otras modalidades de dirigentes; lo importante es que no se deje todo el poder en sus manos y que tengan que responder por sus errores igual que el resto de la sociedad. En nuestra Historia ha habido monarcas mejores y peores, y, sin ellos, que siempre gozaron de ese enorme privilegio que supone el acceso a la cultura, no existirían ni nuestras mejores pinacotecas ni nuestras más destacadas bibliotecas. Hubo monarcas que se dejaron la sangre en los campos de batalla y que

lucharon por su pueblo, al que amaban más que a sí mismos, con extraordinario denuedo. Otros no, la verdad. Otros aprovecharon la Corona para exprimir la vida y gozar de todos los caprichos vedados al resto de los mortales. Y casi todos, buenos, malos o regulares, creyeron que, sencillamente, se merecían lo mejor por haber nacido donde nacieron. Lo deseable sería que ahora se convencieran de que quienes merecen lo mejor son siempre los súbditos y asumieran que ellos están obligados a dar su vida por conseguirlo. Y casi hay que apuntar que si no llegan a esa conclusión será inevitable que la monarquía, que sin duda es una institución anacrónica, se extinga por completo. Si lo hace, habrá quien se alegre mucho, pero... ¿se han parado a pensar lo interesante que resulta que haya una persona, por encima de las ideologías, que considere, desde su nacimiento, que se debe a todo su pueblo? Es posible que haya políticos así. Pero a saber dónde están. Y recuerden: los reyes son igual de vulnerables al amor y a las pasiones que los mendigos. Y también que los políticos...



I  
CONQUISTA Y RECONQUISTA DE ESPAÑA.  
DEL ARREBATO AL AMOR



Florinda cortejada y forzada por don Rodrigo, último rey visigodo (s. VIII)

Hay quien opina que la historia de España empieza aquí, porque antes, poca España había. Así que no parece mala idea comenzar en este punto la revisión de un país que, como todos, dejó que el sexo y el amor cambiaran su trayectoria en numerosas ocasiones. ¿Se extrañan? ¿Acaso no ha sucedido también a su alrededor? Revisen y advertirán que los arrebatos carnales y el amor son, por encima de la muerte, los que más igualan a los seres humanos, independientemente de su lugar de nacimiento o condición. Pero, centrémonos, que hay mucha tarea y, de momento, no mucho humor. Porque sobre lo que aconteció en ese convulso siglo VIII hay unos cuantos apuntes repletos de dudas que, en lo que se refieren al sexo y al amor, son pura tragedia. Sobre todo, porque si se atiende a la leyenda... No corramos, es mejor empezar por el principio.

Algunos años después de que el rey Rodrigo perdiera el trono y la vida en la batalla de Guadalete, muchos seguían buscando su cuerpo, que nunca apareció, con el afán de comprobar si había sido asaeteado tantas veces como su caballo.

—Merecido se lo tenía —repetían con resentimiento los cristianos gobernados ahora por los musulmanes.

Rodrigo, último rey goda y sucesor de Witiza tras su muerte, para descontento de los familiares del fallecido, heredó, junto a un trono demasiado centralizado en Toledo, un reino casi despojado, a causa de las epidemias de peste, los años de sequía y el hambre que asolaba todo el territorio.

La fractura política existente entre dos clanes, el del desaparecido Witiza y el de Chindasvinto y Recesvinto al que pertenecía Rodrigo, abonaban el terreno a las traiciones. Y los musulmanes andaban al acecho de ese succulento botín que era la península ibérica, tan cercana al norte de África que tenían casi por com-

pleto bajo su dominio. Así que no eran tiempos para despistes ni banalidades. Pero Rodrigo, con la corona bien ceñida sobre la frente, se sentía tan poderoso como para dejarse llevar por los arrebatos de la carne sin pensar en las consecuencias. Había contraído matrimonio con una de las doncellas más hermosas del reino, la bella Egilona, a quien su madre, la condesa de Brieua, arrancó de las garras del amor verdadero de Pelayo, sobrino del rey y miembro de su guardia personal, con una sola frase: «La doncella que puede aspirar a más no debe conformarse con menos». Poco le importaban los sentimientos de su hija a una mujer viuda, aún más hermosa que ella, pero ya en declive, a la que el veloz paso de los años certificaba cada día lo importante que eran la juventud y la belleza para alcanzar una buena posición. Casi en el límite de las suyas, las únicas monedas de cambio eran las de su hija y no pensaba desaprovecharlas por algo de tan escaso valor por entonces como el amor.

Rodrigo, a quien el matrimonio con la encantadora Egilona no sació las ganas de poseer a todas las doncellas de la corte, revoloteaba en torno a las más jóvenes y deseables e inauguraba los vientres de todas por imperativo real, sin que nadie se atreviera a afearle la conducta. Ni siquiera lo hacía la reina quien, olvidadas las penas de ese amor abandonado por un trono, disfrutaba de los lujos de su nueva posición y se despreocupaba de los paseos furtivos de su esposo, siempre a la caza de damiselas inocentes. Tampoco prestó atención a sus desmanes el día que escuchó los terribles alaridos de una de ellas, provenientes de la alcoba real, que poco parecían tener que ver con el goce compartido de dos amantes. La doncella que los profirió, de nombre Florinda, llegada a la corte pocas semanas antes de la tarde señalada, provocó una obsesión de tal magnitud en el rey, que hasta le hizo olvidar que era fruta prohibida. La joven había sido enviada a la corte por su padre, don Julián, conde de Ceuta y aliado imprescindible de Rodrigo, con el fin de procurarle una buena educación y un noble casamiento. El rey debía presentarle buenos partidos; pero, en vez de hacerlo, ideaba toda suerte de triquiñuelas ridículas para retenerla a su lado. Entre otras, decidió proveerle de

un alfiler de oro con el que la muchacha debía limpiarle los aradores de la sarna que tenía incrustados en la piel. Mientras ella se ocupaba de tan enojosa tarea, con cuidado y paciencia, él aspiraba el aroma a lavanda de su pelo y pensaba en su cuerpo delicado y prieto, con un cada vez más incontenible ardor.

Un par de semanas antes, al poco de llegar, Florinda, tras recorrer los hermosos jardines de la fortaleza real, sofocada por el calor de una mañana de verano, decidió despojarse de su vestimenta y sumergirse en la fuente, sin preocuparse por las miradas indiscretas. La joven permaneció durante un rato chapoteando y riendo hasta que se levantó, cubierta de gotas de agua que resbalaban por su cuerpo y que, alumbradas por la luz del sol, asemejaban diminutos diamantes. Luego sacudió la cabeza y su larga y ondulada melena, separada en mechones empapados, regó todo su entorno. Los cabellos mojados descansaron finalmente sobre su pecho, sin apenas cubrir más que de helor sus pequeños y oscuros pezones, tan enhiestos y altivos, que parecían apuntar al cielo, vistos al perfil. Florinda sonrió a una de las doncellas que la acompañaban, mostrando unos dientes blanquísimos, que resaltaban entre sus rosados y carnosos labios, antes de pedirle su ropa y empezar a vestirse. Rodrigo contempló toda la escena y se encendió. Hubiera deseado besar aquella boca y aquel cuerpo ese día. Y poseer a Florinda allí mismo y en ese mismo momento. Pero se contuvo. Ya habría ocasión cuando no hubiera testigos y ella lo deseara también. Por eso insistió en que fuera la muchacha quien pinchara sus ácaros y gozara de la compañía de su rey. Así podría él aspirar el perfume de su piel levemente acanelada e irla enamorando como a todas. Pero le consumía la impaciencia. A cada rato a su lado o lejos de ella, recordaba sus formas perfectas e imaginaba cómo sería la flor que escondía entre sus piernas. Una tarde, se levantó acalorado y cubierto de sudor. Tenía el miembro abultado y los sentidos alterados tras los sueños lujuriosos de la siesta. El deseo de poseer a Florinda era tal, que decidió mandarle un paje para que la acompañara hasta sus aposentos. A su llegada, ella, confundida, se paró en la puerta sin cruzar el umbral.

—¿Qué deseáis, mi señor? —preguntó la muchacha, dedicándole una de esas miradas lánguidas suyas, que Rodrigo interpretaba como invitación a la seducción.

—Pasa, Florinda, pasa —repuso el rey, haciéndole un gesto con la mano—. Es preciso que hablemos. Siéntate aquí, a mi lado, sobre el lecho mismo, que sabes que me gusta tenerte cerca.

La mujer, apenas una chiquilla recién salida de la adolescencia, clavó en el rey sus ojos candorosos y esbozó una levísima sonrisa.

—Sabéis, señor, que soy doncella. Y que así debe ser hasta que contraiga matrimonio.

—De eso precisamente te quería hablar. De nuestro casamiento —dijo el rey, retirando la larga melena castaña de la muchacha de su pecho y rozándole levemente el pezón, ahora oculto tras la ropa, pero que él ya había visto en aquel baño suyo y no dejaba de rememorar.

—¿Cómo podríamos casarnos si ya estáis casado con la reina?

—Cuando muera...

—No hagáis que desee su muerte, mi señor.

Como respuesta, el monarca acercó su mano al cuello de la joven y con suavidad desmayó sus dedos por su escote y más allá, hasta que nuevamente rozaron ese pezón inolvidable. Florinda notó que aquel roce doble no era un descuido y se separó cautelosa. Pero Rodrigo volvió a pegarse a ella y paseó entonces toda su mano sin disimulo por ambos pechos, aún ocultos tras los brocados, en tanto que seguía hablando de una ficticia boda futura y miraba su boca con lascivia. Ella se levantó de golpe y trató de alcanzar la puerta, presurosa, sabiendo bien que si existía alguna posibilidad de tal matrimonio solo sería factible sin ese previo goce sexual que el rey quería imponerle. Rodrigo, excitado, le cortó el paso con decisión, la levantó con sus fuertes brazos y la arrojó sobre el lecho de la estancia, desoyendo sus quejas.

—Calla, mujer. Es hora de que seas mía.

Florinda, que pese a ser menuda tenía brío y descaro, lo apartó con firmeza para hacerle desistir, pero el efecto fue de

nuevo el contrario. Rodrigo, impelido por el ardor de ese deseo incontenible, acrecentado por la reiterada resistencia de la joven, rompió su vestido no demasiado armado y se lo arrancó junto a la ropa interior, hasta dejarla en cueros. Su cuerpo ligeramente acanelado, fijado en su memoria desde el día del baño, apenas se oscurecía en sus puntiagudos pezones y en su acastañado vello púbico. El rey, al volver a contemplarlo, por fin se lanzó enloquecido a morder sus pechos, a lamer su vientre y a embestirla con toda la fuerza de la que era capaz. Ella imploraba, entre gritos, «Parad, señor, os lo ruego», pero eso no impidió que Rodrigo continuara empujándola una y otra vez y que ella notara cómo se rompía por dentro. Tras derramarse en su interior, con un gruñido de oso, el rey se separó de Florinda y, jadeando como un animal, se tumbó a su lado, agotado. Ella, inmóvil y con los ojos cerrados, sentía su cuerpo tembloroso, fuego en su sexo y la calidez de sus lágrimas corriendo por sus mejillas.

—Puedes irte ya —dijo entonces Rodrigo saciado, dándose media vuelta.

Florinda se levantó a duras penas, gimiendo quedamente. Por sus muslos resbalaba, junto al semen del rey, preludiando la tragedia, su sangre virginal. Él, sin inmutarse, aprovechó para dormir un rato más.

A partir de aquello, la belleza de Florinda —que en adelante sería conocida como la Cava, en árabe «mala mujer»— comenzó a resentirse. Le embargaba una tristeza silenciosa y el malestar de un embarazo indeseado, que no pasó desapercibido a una de sus compañeras doncellas, llamada Alquifa.

—¿Cuál es el motivo de tanto pesar? —inquirió Alquifa a la Cava al verla tan circunspecta.

Florinda, tan apenada como necesitada de desahogo, no dudó en responder a la pregunta y describirle la violación sufrida a manos de don Rodrigo, sin restarle un solo detalle a la narración. Alquifa, horrorizada, recomendó a su amiga que se lo contara a su padre. La Cava, llorosa, aceptó la sugerencia y le escribió una carta prolija en pormenores, que acompañó, además, de

un huevo podrido. Solo con ver ese huevo, don Julián supo de la afrenta. Al noble, el dolor de padre se le agarró al corazón, pero más aún la rabia de caballero humillado, que solo dejaba lugar a una pregunta suya:

—¿Así me paga la lealtad el rey?

En ese mismo instante el conde comenzó a pergeñar en secreto la venganza. No le sería difícil infligir el mayor de los daños a Rodrigo y a su reino. Solo precisaba tomar la decisión de dejar de contener a los musulmanes que recientemente se habían apropiado de Tánger, y facilitarles que cruzaran el estrecho, proporcionándoles los barcos que necesitaban para enfrentarse a los cristianos. Así vengaría a su hija.

El odio hizo que la idea no tardara en concretarse. Don Julián jugó con el resentimiento de los Omeyas, que, junto con los partidarios del anterior rey, hubieran preferido que los hijos de Witiza fueran los sucesores a su muerte del trono visigodo en vez de Rodrigo. Habló con Táriq, gobernador de Tánger, a las órdenes del caudillo Musa Ibn Nusair, y con el propio Musa, para proponerles la confabulación. Ninguno dudó en aceptar, y entre los tres, y contando con el apoyo de los devotos de Witiza, planificaron el cruce del estrecho de Gibraltar en abril de 711. Así se hizo. La invasión acababa de comenzar. Los musulmanes avanzaron con paso firme hasta enfrentarse con el ejército del rey Rodrigo, que había salido a su encuentro hasta llegar a la fuente termal del Cortijo de Casablanca, a siete kilómetros al sur de Arcos de la Frontera, en la junta de los ríos Guadalete y Majaceite, e iniciaron una sangrienta batalla que más tarde sería conocida como la de Guadalete. Allí, a pesar de llegar con refuerzos desde Córdoba, el rey Rodrigo tuvo que aceptar la ayuda de los witizanos, desconociendo que venía cargada de ansias de traición y que, en vez de apoyarlo, se revolverían contra él en medio de la contienda.

Se desconoce si Rodrigo murió en combate, porque el cuerpo no se encontró nunca. Pero fuera como fuese, el rey y su furor sexual desaparecieron aquel día, como también las huellas de su pecado, al dar muerte sus enemigos a casi todos los

suyos, incluido ese hijo, fruto de su violación a la hija de don Julián.

Florinda la Cava, sin embargo, consiguió huir y refugiarse en el castillo de Pedroche, construido en la época del rey goda Teodoro y situado junto al camino califal de Córdoba a Toledo, donde pasó el resto de su atormentada existencia. La penitencia y la austeridad la acompañaron hasta el fin de sus días, por decisión propia, al considerarse a sí misma la causa indirecta de la pérdida de España.

Vencida por el peso de la culpa y el dolor por la muerte de su hijo, un día arrojó sus tesoros al pozo que más tarde pasaría a llamarse Fuente de la Cava y se lanzó ella misma a su fondo oscuro. Según la leyenda, los vecinos vieron durante años a una mujer desmelenada y enloquecida paseando su angustia y su culpa a orillas de aquel pozo. Tal vez era Florinda. O tal vez su espíritu. O quizás ella, como su padre y su historia, nunca existieron...

Quien sí lo hizo, sin ninguna duda, y sobrevivió a su esposo fue la bella Egilona quien, tras la desaparición de Rodrigo en Guadalete, fue apresada en Mérida, por Abd al-Aziz Ibn Musa, hijo de Musa y primer valí de la península ibérica. Musa, en vez de acabar con la vida de la atractiva viuda, decidió casarse con ella, con el fin de procurarse la simpatía de los nobles visigodos. No sabía el poderoso musulmán que el odio de la cristiana convertida haría que ella mantuviera siempre su culto a escondidas y que fuera la artífice de su muerte a manos de los oficiales del califa de Damasco, Suleimán, tras convencer a su esposo de que se coronara soberano del reino visigodo. Suleimán vio traición en la acción de Musa y mandó que acabaran con su vida. El odio de Egilona a su marido parecía comprensible, porque la unión con Musa, a la que fue forzada, la volvió a apartar, además, del sueño de reunirse con Pelayo. Aquel fiel vasallo de Rodrigo y amor verdadero de la reina desde la adolescencia se vio obligado, como los demás cristianos, a sumarse a la inevitable espantada ante los invasores moros. Las tropas derrotadas, incapaces de fortalecerse en Toledo, fueron huyendo hacia el norte hasta lle-



gar a las montañas astures y cántabras. Por desgracia, también las tierras asturianas habían caído en manos musulmanas y eran gobernadas desde Gijón por Munuza, en cuyas manos estaba también la suerte de los cristianos. Vencedores y vencidos pactaron que Pelayo marchara a Córdoba a cobrar los tributos de los cristianos, a condición de que su hermana Ermesinda permaneciera en Asturias. Munuza pretendía garantizar de este modo que Pelayo no se rebelara contra los musulmanes, pero al incluir a Ermesinda en su harén, el efecto fue el contrario. Las ganas del noble de sublevarse se avivaron y se sumaron a otro motivo previo que le impulsaba a levantarse contra los musulmanes y que no era otro que el de liberar a su amor de juventud jamás olvidado: la reina Egilona. Quería devolverla al trono usurpado y compartirlo casándose con ella. Desconocía Pelayo que tal sueño era imposible, porque su amada, a quien solo creía presa de sus enemigos, era ya la esposa de otro hombre. Que sus dos mujeres más queridas fueran prisioneras de los musulmanes y que estos no respetaran, como habían prometido, la religión y las costumbres de los cristianos, fueron razones suficientes para que Pelayo se uniera a los soldados más cualificados y se declarase en guerra. Más si cabe, ese sueño de amor y poder que para él representaba Egilona. Así pues, aunque solo contaba con un ejército modesto, diseñó un plan y se puso en marcha. Iría al sur, sí, pero allí se alzaría contra los andalusíes, atacaría al ejército musulmán en varios puntos, les cortarían la retirada y los exterminaría antes de reponer en el trono de Rodrigo a la reina y casarse con ella para poder compartirlo. Al llegar a Sevilla sus ilusiones quedaron frustradas: Egilona ya no era Egilona, sino Ommalissan, «la de los lindos collares». Era su nuevo nombre tras casarse con Musa —que le regalaba los abalorios más valiosos— y ya no sería suya jamás. En sus oídos resonaron los ecos de su stirpe. Si debía renunciar por segunda vez a la mujer de su vida, aunque para ello tuviera que arrancarse el corazón, lo haría, pero no consentiría que ese trono quedara, de ningún modo, en manos de los invasores que habían deshonorado a su hermana y secuestrado para siempre a su único amor. Decidió que si no podía ser

rey por matrimonio lo sería por sus méritos. Regresó a Asturias, se reunió con sus partidarios que lo reconocieron como rey y ahí comenzó la Reconquista.

¿Fue todo tal y como parece? ¿El arrebató de uno abrió las puertas a los musulmanes y el amor imposible de otro llevó a querer echarlos de España? ¡Ay, la carne y el corazón! Nada mueve más al ser humano, sea rey o mendigo.